



V. ESTÉTICA Y SEXUALIDAD

V. ESTÉTICA Y SEXUALIDAD	1
El sentido del pudor	2
Las leyes estéticas del pudor	2
La intimidad corporal y la entrega.....	3
Las condiciones del desnudo	4
El desnudo artístico	5
La representación de la intimidad conyugal	6
El dominio de los sentidos	7
El dominio de la imaginación y los deseos	7
EPÍLOGO	9
La fuerza y fragilidad de lo vivo	9
Templanza sobrenatural y mortificación	11

El sentido del pudor

Si el cuerpo es expresión del alma, la educación del cuerpo llevará a presentarlo como manifestación adecuada de la intimidad espiritual de la persona. La intimidad personal tiene también un reflejo en la intimidad corporal. Ya hemos indicado la diferencia entre el dominio total del cuerpo que nos describe el Génesis y la situación actual de ruptura interior.

El pudor es el aspecto de la educación corporal que nos lleva a presentarnos siempre como personas con alma y cuerpo. Es la defensa del aspecto personal del cuerpo, es evitar que aparezca ante los demás como simple objeto sexual. Experimentar un cuerpo como mero objeto de deseo le puede pasar a cualquiera. Por eso, cuando nos presentamos ante los demás, procuramos evitarles esa caída en una consideración meramente animal de nuestro propio cuerpo. Y nos evitamos el peligro de ser considerados como animales. Porque nuestro cuerpo es parte de nuestra persona.

El pudor consiste en presentar en primer plano el carácter personal de nuestro cuerpo. El impudor consiste en presentarse como objeto sexual, en destacar lo estrictamente sexual, de manera que llame la atención del otro de manera inmediata.

Las leyes estéticas del pudor

Para saber qué es pudor e impudor en el hombre y la mujer, cada uno de ellos ha de tener en cuenta la natural diferencia de percepción del otro. Ya hemos indicado que el hombre reacciona naturalmente, de modo automático, ante los valores meramente carnales del sexo femenino. Mientras que la mujer no siente, habitualmente, esa misma atracción inmediata ante el cuerpo del varón.

Por otra parte, lo que es púdico o impúdico depende de la situación en la que nos encontremos. Y de la función que tiene que cumplir el vestido. No es lo mismo estar bañándose que estar en una fiesta. Lo que es perfectamente presentable como prenda de baño, es totalmente inadecuado como vestido de fiesta o de trabajo. Aparecer en la oficina o en una fiesta de sociedad en bañador, es presentarse de modo impúdico, destacar lo estrictamente sexual. Y así lo sentirán todos los presentes.

El pudor no se puede reducir, por tanto, a centímetros de tela. Depende de un conjunto de factores que influyen en la percepción que los demás tienen de nosotros. Depende de la diversa situación y de la función del vestido. Y depende también de las costumbres en el modo de vestir. Si en una sociedad en la que todas las mujeres fueran con las faldas hasta los tobillos, una se presentara con la falda a media pierna, llamaría la atención. Y la atención recaería sobre aspectos significativamente sexuales. Si todas las mujeres van con la falda a media pierna, eso no llamará la atención, ni provocará una consideración básicamente sexual del cuerpo.

Por otra parte, las mismas mujeres que iban con las faldas hasta los tobillos, cuando llegaba la hora de trabajar en la huerta, no tenían ningún reparo en recogerse las faldas. La situación lo exigía, para no estropear la poca ropa que tenían. Y nadie consideraba, ni sentía, que aquello fuera impúdico.

Pero no todo es cuestión de costumbres. Hay ciertas leyes características de la percepción que reclaman la atención sobre uno u otro aspecto del cuerpo. Determinados tipos de escotes o minifaldas, trajes ceñidos, etc., no pueden dejar de llamar la atención sobre los aspectos provocativamente sexuales del cuerpo femenino.

Y no es simple cuestión de más o menos tela. Es mucho más importante el significado de accesibilidad y "disponibilidad sexual" que está asociado a un modo de vestir. Puede suceder que, con más tela, haya menos pudor. Unos pantalones pueden ser más cortos que una minifalda, pero aunque la minifalda enseñe menos, destaca más lo sexual. Porque provoca una percepción asociada de mayor disponibilidad, de accesibilidad sexual.

Es semejante el caso de ciertas tribus sin cultura ni técnica, que habitan en zonas húmedas y calurosas. Las circunstancias ambientales y su falta de técnica hacen imposible un vestido adecuado, por lo que van casi desnudos. El pudor se suele expresar disimulando lo estrictamente sexual, mediante un simple ceñidor. Esa desnudez no tiene ningún significado de disponibilidad sexual, y así lo sienten todos.

Es más, cuando una mujer quiere llamar la atención del hombre, lo que hace es precisamente cubrirse el pecho. Las leyes de la percepción hacen que eso llame más la atención, puesto que nunca iba cubierta. Y lo que no se ve, pero se imagina, es más provocativo que lo que se ve normalmente. Porque las circunstancias hacen que ese modo elemental de vestir sea el único posible, y por tanto, que sea púdico. En esas circunstancias, la percepción del conjunto de la sociedad está habituada a expresar el pudor y el impudor siempre de la misma manera.

Una percepción de este estilo sería imposible en un lugar como el nuestro, en el que el clima exige cubrirse en muchos momentos. El simple hecho de ir vestido en determinados momentos altera totalmente la percepción de la intimidad corporal. Si estamos acostumbrados a vernos vestidos, la desnudez tiene un significado radicalmente distinto. Destaca una disponibilidad sexual que no se presenta en la percepción de quienes por necesidad van habitualmente casi desnudos.

Hay aquí una legalidad natural que ninguna voluntad puede alterar, ni siquiera por el afán de una pretendida naturalidad. Lo natural para el hombre depende de su formación cultural, pues esa formación altera su constitución neuronal. Y establece unos modos naturales de percepción, difícilmente alterables. El fenómeno contemporáneo de la pérdida del pudor y del nudismo es algo totalmente distinto de la desnudez constante e inevitable de las culturas tropicales primitivas.

La intimidad corporal y la entrega

Una vez que las condiciones ambientales, técnicas, culturales, establecen unas leyes propias del pudor, se define espontáneamente la frontera entre lo púdico y lo impúdico. Y se establece el límite natural de la intimidad personal.

El vestido tiene la función de personalizar el cuerpo, de expresar la propia personalidad. Por eso tiene también la función de establecer el grado de relación con una determinada persona. Cuando las leyes del pudor han establecido lo que define la intimidad corporal, se establece una

unión entre la intimidad personal y la intimidad corporal. Las dos van a la par, porque la persona es al mismo tiempo cuerpo y espíritu.

Cuando se entrega el cuerpo, se entrega la propia persona. Y cuando se abre la intimidad corporal, se abre la intimidad personal. Separar esos dos factores produce una ruptura interior de la persona. Como la persona es indisolublemente corporal, para crear un espacio de intimidad espiritual, de riqueza interior personal, se ha de crear un ámbito de intimidad corporal. Todos los torturadores han sabido que la desnudez corporal es un modo eficacísimo de rebajar y destruir la dignidad y la resistencia interna de las personas.

Cuando una persona no cuida su propia intimidad corporal, eso significa que no tiene una intimidad personal que salvar. La prostitución destruye lo más íntimo de las personas, por eso provoca tanta lástima, o tanta repugnancia. Quien entrega el cuerpo sin entregar el alma, se prostituye. Quien entrega la intimidad corporal sin entregar la intimidad personal, se prostituye. Se ofrece a sí mismo como objeto de deseo, anula su propio carácter y dignidad de persona.

Por eso, la desnudez, la apertura de la intimidad corporal, ha de ir siempre ligada a la entrega mutua y total de la persona, que se realiza en el matrimonio. La desnudez es signo de disponibilidad, de abandono y entrega plena, por eso exige que haya una entrega mutua y para siempre. Si no, habría prostitución, por parte del uno o del otro. Si la desnudez no es expresión de una entrega personal, entonces es que esa persona se está presentando ante los demás como simple objeto disponible. Con su inevitable valor sexual en primer plano de utilidad.

Las condiciones del desnudo

Cuando determinadas circunstancias profesionales exigen que una persona se desnude, se requieren un conjunto de condiciones que defiendan la intimidad y la dignidad personal.

En primer lugar, ante el peligro siempre real de una inadecuada interpretación de esa situación, se requiere que esa desnudez sea necesaria para un fin digno y noble. Es el caso, por ejemplo, de una consulta médica o de un modelo artístico. La dignidad propia de la relación médica, o de la auténtica creación de belleza, hace que el desnudo quede justificado.

Pero es necesario, además, crear una situación adecuada, que aleje todo peligro para la dignidad personal del paciente o del modelo. La presencia de una tercera persona en la consulta médica ha sido siempre un factor elemental de prudencia, ya que favorece la percepción de los aspectos estrictamente profesionales de la situación, y anula una serie de posibles dificultades.

En el caso del modelo de arte, la rectitud y limpieza de la situación queda afirmada por la seriedad, la profesionalidad, la amplitud y distancia necesarias. Y por la ausencia de cualquier otro factor que no sea la creación artística de la belleza. Muchos pintores y estudiantes de bellas artes podrán confirmar que la creación artística justifica la necesidad del desnudo, y hace digna la situación del modelo. Del mismo modo, otros podrán saber que, por no cuidar las condiciones necesarias, esa relación se puede corromper y ser ocasión de mal.

El desnudo artístico

Por lo dicho se entiende que es posible, también en la expresión artística, un desnudo limpio, que no caiga en la consideración del cuerpo como objeto de deseo sexual. La cuestión depende de qué sea lo que el artista pretende o consigue expresar. Son muchas las expresiones del amor, del cuerpo y de la pasión humana que tantos escritores, pintores, músicos, cineastas, etc., han descrito con gran profundidad y riqueza de matices, respetando al tiempo la dignidad y grandeza propias del tema y de las personas humanas implicadas.

En otros casos, en cambio, es evidente que se ha pretendido destacar lo que el cuerpo humano tiene de objeto provocativo para el instinto sexual barato. Esas expresiones artísticas serán malas de por sí. Y tanto peores cuanto mejor expresen lo que pretenden. Porque quien contemple esas obras será arrastrado, por la propia fuerza de ese arte, a una consideración indigna del cuerpo humano como simple objeto sexual.

En este caso, no cabe una consideración digna del asunto, porque es indigno de por sí. Ni siquiera su carácter artístico salva a ese producto, ya que lo que el arte ha querido expresar es malo en sí. Cuanto más arte haya, mayor será el mal que produce, como sucede, por ejemplo, en los casos de apología de la violencia. El artista ha tener en cuenta la repercusión que tendrá su obra cuando sea del dominio público.

Un problema parecido se plantea cuando se trata de la representación fotográfica o cinematográfica del desnudo. Hay una conexión inmediata entre la representación del desnudo en el cine y el desnudo real. Y cosa parecida sucede en la fotografía. Por eso, es mucho más complicado conseguir un desnudo limpio en estos medios. Es probable que, en la mayor parte de los casos, se pueda dar un juicio negativo de este tipo de representación. Porque difícilmente se evita la consideración del cuerpo humano como objeto de deseo sexual. A pesar de todo, me parece claro que, aunque es más complicado, es posible conseguirlo.

De todos modos, hay que afirmar que, en general, es posible una representación limpia del cuerpo humano, que refleje la belleza de la obra más perfecta de la creación. Tengo grabado el recuerdo de un sacerdote santo que, después de haber hablado con palabras claras y firmes sobre la castidad, recordaba cómo había dado gracias a Dios al contemplar la Venus Capitolina. Porque había habido un artista capaz de hacer una Venus casta.

Del mismo modo que hay una Venus casta y hay una madre de familia vestida con dignidad, puede haber quien las mire a una y a otra de mala manera. Pero eso depende de la madurez o inmadurez, de la limpieza o suciedad que haya dentro de quien mira.

Lo que pasa es que es más fácil mirar limpiamente en un caso que en otro. Esto es natural. No todo el mundo puede permitirse mirar cualquier cosa, como no todo el mundo puede permitirse escalar cualquier roca. Lo que para el escalador avezado es prudente, no lo es para otra persona que no tenga su habilidad. Lo que para el hombre con madurez y dominio sexual es prudente, no lo es para una persona que no tenga esas características.

Del mismo modo que hay peligros innecesarios que no debe correr ningún escalador, también hay experiencias innecesarias de estética sexual que ningún hombre se debe permitir. Porque le

pondrán en ocasión inmediata de pecado, al arrastrarle a considerar el cuerpo de otro como simple objeto, lo que desata el instinto de modo natural.

Quien coge una curva por la izquierda, o se mete en una autopista en dirección contraria, sin necesidad, por el placer del riesgo, se está poniendo en peligro de matarse y matar a quien puede venir de frente. Esa imprudencia grave es pecado, porque la muerte posible ya no depende de él, sino de cómo se desarrollen las circunstancias. Él, por su parte, ya ha puesto todo lo necesario para que esa muerte se produzca.

Del mismo modo, quien por buscar una experiencia estética, se pone en una situación que habitualmente le lleva al pecado en el campo sexual, peca ya desde el momento en que asume con frivolidad ese peligro evidente de hacer el mal. El que caiga en el mal ya no depende de sí mismo, sino de circunstancias no controlables. Por esta razón, la explotación estética del erotismo es mala, ya que desata el deseo. No así la representación artística de la limpia belleza del cuerpo y del amor humano, que ha salido de las manos de Dios.

La representación de la intimidad conyugal

Dentro del campo que estamos analizando, se plantea la cuestión de si cabe una representación digna y noble de la intimidad conyugal. Para resolver la cuestión, que es complicada, hay que tener en cuenta que lo esencial de esa intimidad conyugal es la mutua entrega de las personas.

Sin entrega del corazón y la vida entera, una intimidad de ese estilo sería mala. Y el problema es que, la diferencia entre la prostitución y la intimidad del matrimonio, no es apreciable desde la perspectiva visual. La vista no consigue discernir si esa intimidad es fruto y expresión de una verdadera entrega personal, de un amor total y para siempre.

Por esta razón, los que se aman, buscan la intimidad, estar resguardados de las miradas ajenas. No porque vayan a hacer algo vergonzoso, sino más bien porque la vista no transmite la verdad de un amor auténtico. Lo que es expresión de cariño puede ser interpretado como mero uso sexual. Y quienes se aman, no están dispuestos a sufrir la vergüenza de semejantes interpretaciones. Sólo los animales, y ni siquiera muchos de ellos, hacen el acto sexual a la vista de otros.

La intimidad personal auténtica exige una intimidad y discreción físicas, una seguridad exterior. Por eso, entre otras cosas, todo matrimonio necesita un hogar propio. Y por eso ninguna representación artística de la intimidad conyugal hace justicia a la verdad de esa relación. No cabe una representación artística digna de esa intimidad. Es inevitable que sea interpretada por muchos, aún sin culpa, al nivel de la simple prostitución. Cuando a una persona no le importa eso, es que ha perdido su dignidad personal. No le queda ya una intimidad que salvaguardar. Es puro objeto.

La contemplación visual del acto sexual no sirve para expresar artísticamente el amor personal, porque la fuerza de lo meramente carnal se impone de modo espontáneo. Para expresar el amor, muchos gestos y expresiones son mucho más gráficos que la intimidad conyugal, precisamente porque no implican el riesgo de una interpretación meramente carnal. Por este motivo, el arte ha sabido explotar toda la fuerza de la elipsis narrativa.

El dominio de los sentidos

Del mismo modo que tenemos problemas de contaminación atmosférica, también tenemos una contaminación ambiental de tipo sexual en el ámbito audiovisual, cine, canciones, publicidad, etc. En unos momentos como los actuales, en los que la carga erótica de las modas, medios de comunicación, etc., es tan acusada, muchos se plantearán cómo sobrevivir con soltura a la degradación medioambiental. Cómo mantener una actitud correcta frente a la estética de la sexualidad.

A este punto, conviene recordar que ver no es lo mismo que mirar. Es inevitable ver muchas cosas inadecuadas o perjudiciales. Lo que sí se puede evitar es mirarlas, fijarse en los detalles, adoptar esa actitud que contempla los aspectos de objeto provocativo que presenta el otro.

Para educar la vista, se requiere un continuo dominio de los ojos, que rechace todo aquello que va contra las leyes del pudor antes mencionadas. Necesitamos tener unos ojos y una imaginación entrenadas a considerar a las personas como tales, no como objetos.

Quien se deja llevar del atractivo sexual inmediato de los cuerpos, cae inevitablemente en una consideración animal del otro, y provoca el disparo del propio instinto. Cuando una persona tiene el hábito de dejarse arrastrar por los ojos, no puede evitar que su cerebro tenga una carga de erotismo excesiva.

Lo que decimos de los ojos, se puede aplicar al oído, al tacto, etc. Cuando algo provoca un disparo de la excitación, es necesario evitarlo, porque si no, será inevitable caer bajo el dominio descontrolado del instinto animal.

Aquí hay que distinguir entre sentir y consentir. Para educar la sensibilidad, la voluntad tendrá que luchar con una dinámica que no siempre domina. Como sucede con el caballo que todavía no está domado, a veces ese dominio se puede alcanzar sólo distanciando la voluntad de lo que se siente. Rechazando esa respuesta fisiológica que no dominamos.

Poco a poco, este ejercicio hará que nuestro cuerpo esté cada vez más educado. Necesitamos educar nuestra propia sexualidad, aprender a vivir nuestro propio cuerpo y el cuerpo de los demás como parte de una personalidad espiritual. Como expresión de un alma que es capaz de amar y merece ser respetada.

El dominio de la imaginación y los deseos

Del mismo modo que el consumo excesivo de alcohol lleva al alcoholismo, el consumo excesivo de lo erótico provoca una dependencia inevitable, y una sobreexcitación habitual. Al tiempo que reduce la capacidad de contemplación estética de la sexualidad.

Como el paladar estragado por el picante, el gusto sexual estragado por lo erótico, necesita de niveles cada vez mayores de excitación. Se hace incapaz de gustar los sabores delicados, y empieza a buscar sensaciones cada vez más artificiosas y violentas. Hasta terminar en alguna de las muchas desviaciones posibles, y en el aburrimiento más completo.

Sobrealimentar el instinto sexual lleva a un funcionamiento desorganizado de la imaginación y de los deseos sexuales. Del mismo modo que, si un motor tiene demasiada gasolina dentro, no

funciona bien, se ahoga. Si una cantidad excesiva de alcohol tiene como consecuencia inevitable la borrachera, también el sexo tiene un tipo de borrachera particular.

Ya vimos que la ruptura interior hace que el instinto no esté dominado totalmente por la libertad. En ocasiones puede haber una respuesta psicológica o fisiológica desatada y al margen del querer. También en este caso, hay que distinguir entre el mero descontrol de los instintos y la voluntad que consiente el mal. Sentir no es consentir.

La falta de dominio puede hacer que vengan a la imaginación todo tipo de imágenes extrañas, como puede provocar los deseos más violentos de cualquier aberración. En esos casos, basta que la voluntad se oponga y se distancie de esos sentimientos, que muchas veces no se pueden evitar. Y esa voluntad llevará a alejarse, en lo posible, del motivo o las ocasiones que lo producen. Frenar esos disparos de la imaginación y del deseo, es el único medio de ir educando esas potencias, para que sirvan adecuadamente a la capacidad de amar que tenemos.

Sólo esa educación conseguirá integrar los diversos niveles de nuestra sexualidad. Y hacer que el cuerpo y la mente sean buenos instrumentos y nos sirvan para expresar con espontaneidad y facilidad nuestro amor. Sólo de esta manera conseguiremos aprender a amar con el cuerpo.

EPÍLOGO

La fuerza y fragilidad de lo vivo

Hemos desarrollado algunos principios de ecología sexual. Como decíamos al principio, la única manera de saber cómo actuar de modo ecológico, cómo conjugar la libertad con el respeto de la naturaleza, es analizar cómo es esa naturaleza. Y entender con profundidad qué es lo que tenemos entre manos.

En el caso del amor sexual, lo que tenemos es un aspecto esencial y muy importante de la vida humana. La capacidad de amar es lo más grande que tenemos, y como somos una estructura de alma y cuerpo, el amor total es amor con alma y cuerpo. Amor en el que interviene siempre nuestra dimensión sexual.

Una diferencia entre el mundo inerte y el mundo vivo es que éste último es mucho más complejo. El ser vivo es, al mismo tiempo, más fuerte y más frágil. La vida es una forma de ser superior a la mera materia inerte. Se apoya en elementos materiales y los organiza en una estructura unitaria, superior y más compleja.

El carácter complejo y orgánico de todo lo vivo hace que su fuerza -y su misma subsistencia- dependa de un equilibrio delicado. Cada nivel de vida tiene una forma interna, un equilibrio característico entre un conjunto de factores. Si el equilibrio se respeta, la vida se desarrolla en toda su magnífica diversidad y belleza. Se despliega con una fuerza y un poderío superiores a los del mundo meramente material. Si el equilibrio se rompe, se rompe la base y la posibilidad del desarrollo vital. Y toda aquella fuerza y esplendor de la vida se va marchitando hasta morir.

Tenemos experiencia de cómo hemos destrozado grandes sectores de naturaleza, por no haber respetado algunas medidas que, hasta hace pocos años, parecían exageradas a la mayoría de la sociedad. Sólo hemos aprendido -y eso, sólo algunos- a base de haber cometido graves errores. Lo que parecía una alteración poco importante, se ha demostrado después que era un factor esencial para el mantenimiento del equilibrio ecológico, y por tanto, para el desarrollo de la vida

Esto mismo es lo que sucede en ese campo de la naturaleza humana que es la vida sexual. También aquí, la vida está montada sobre el equilibrio de una serie de factores. Suprimir cualquiera de ellos, es romper el jarrón. Éste es el motivo por el que he mantenido en estas páginas una serie de principios con toda claridad y de modo tajante.

Algunos pensarán, sin duda, que he sido demasiado radical. Por ejemplo, la insistencia en que el matrimonio es de una con uno, para siempre, y de cara a los posibles hijos. ¿Por qué me he alargado tanto en ese punto? ¿Por qué no admitir el divorcio en manera alguna? Porque, si se entiende lo que es el amor humano, se entiende que, o es para siempre, o no es total. Y el amor, o es total, o no es verdad. Si se entiende esto, se entiende claramente todo lo demás.

Entender por qué es malo para una persona realizar el acto sexual antes o fuera del matrimonio, o buscar la excitación sexual al margen del amor matrimonial, por ejemplo, supone

haber entendido que el amor es para siempre. Si uno entiende que el matrimonio es esa locura de entregarse para siempre, entonces entiende que la locura física y afectiva del acto sexual es, de por sí, la expresión natural de la locura del amor matrimonial. Entiende que hacer el amor, en el sentido pleno de la expresión, sólo es posible entre marido y mujer.

Si no fuera así, realizar el acto sexual fuera del matrimonio, o buscar la excitación sexual por simple placer, no sería un asunto demasiado grave. Pero si es así, entonces hacer eso estropea muy íntimamente el vehículo que tenemos para expresar y realizar el amor.

Y lo mismo sucede con cuestiones complejas y delicadas como la homosexualidad. No las he desarrollado explícitamente porque, si se ha entendido que el auténtico amor sexual es de uno con una para siempre, si se ha entendido que ser persona -hombre y mujer- es ser creador, capaz de amor y de hijos, entonces la pretensión de que la homosexualidad sea una opción "normal" de amor sexual no tiene ni pies ni cabeza. Aunque, muchas veces, sea un problema real, difícil de vivir y de resolver.

Y si no se ha entendido esto, no vale la pena discutir en detalle esa cuestión. Sería como pretender explicar asignaturas de tercer curso de Exactas a quien no entiende que dos y dos son cuatro.

Romper o suprimir uno de los aspectos esenciales aquí apuntados, es romper esa forma característica del amor sexual. Es romper esa estructura orgánica y unitaria que sustenta la vida sexual y amorosa del ser humano. Es romper el jarrón.

De hecho, si se rompe el "para siempre", se ha matado el núcleo del amor sexual. Si se acepta el divorcio -distinto de la separación-, no veo qué pegas le puede poner nadie a quien quiera tener varias mujeres, o varios maridos. Si acepto la posibilidad del divorcio, no sabría explicarle a una lesbiana por qué está mal lo que ella hace, y no está mal lo que hace el divorciado que vive con otra.

Porque, si me divorcio es porque ya no me "gusta" -quizás por importantes motivos- estar con mi marido, y quiero otro hombre para irme con él a la cama. Y si la lesbiana no quiere un hombre, es porque lo que le "gusta" -quizás por importantes motivos- es una mujer, para irse con ella a la cama.

O mantenemos el jarrón entero, o se rompe en pedazos. O el amor es una cosa sólida, uno con una para siempre, con una libertad que sabe comprometerse de por vida, o caemos en el "me gusta", o "ya no me gusta" -quizás por importantes motivos-. Y sobre gustos no hay nada escrito, y menos cuando intervienen importantes motivos.

A unos les gustan ellos, a otros les gustan ellas; a unos gordas, a otras flacas; a unas rubias, y a otros, los elefantes. Y además, los gustos van variando con el tiempo.

Si no está mal cambiar de marido o de mujer, por qué le vamos a poner puertas al campo de los "gustos", y más si tienen fundamento y motivos importantes. ¿Qué le puede decir un divorciado que vive con otra a un homosexual? Nada, dice el homosexual. Y a mí me parece que tiene razón. La diferencia entre ellos es poco más que de gustos. Todo lo más, de costumbres sociales.

Yo tengo la impresión de que sí le puedo decir algo al homosexual. Le puedo decir algo coherente, y él entenderá que es coherente. Otra cosa es que esté o no esté de acuerdo. Pero el divorciado no le puede decir nada coherente. Porque ha roto el jarrón.

Y una vez roto el jarrón, cada uno puede coger el trozo que más le guste. Pero ninguno de ellos tiene un jarrón en las manos.

Templanza sobrenatural y mortificación

Para ir dando pasos en la vida interior hacen falta dos piernas. Una es la oración, la otra es la mortificación. El espíritu de sacrificio va necesariamente incluido en el “presupuesto” de la vida cristiana, por muchos motivos.

Hay factores digamos “naturales”: para ir mejorando es necesario esforzarse. La lucha ascética tiene una dinámica parecida a la lucha deportiva. Para fortalecer y poner en forma los músculos del cuerpo es necesario el entrenamiento esforzado. Lo mismo pasa con esos músculos del alma que son las virtudes. Quien pretenda una vida comodona, no podrá avanzar en el camino de la virtud.

Además, el sacrificio es necesario para superar los obstáculos añadidos que dejan en el alma las heridas de los pecados. Los pecados dejan en el alma una inclinación al pecado, una dificultad para el bien, que es necesario purificar. Sin sacrificio es imposible la purificación.

Junto a todo esto, hay que tener en cuenta un factor fundamental. La vida cristiana es vida de identificación con Cristo, y Cristo es el Sumo Sacerdote, que nos redime mediante su Pasión y Muerte en la Cruz.

El cristiano es otro Cristo, y tiene un papel corredor. Como dice san Pablo, hemos de sufrir en nuestra carne lo que falta a la Pasión de Cristo. El sacrificio, que es inevitable para poder entregarnos a los demás, y para progresar en la vida interior, se convierte así en algo mucho más alto: camino de identificación con Cristo. Si amamos a Jesucristo, no podemos dejarle solo en la Cruz.